

Ni fué esta sola vez la que hizo esta mortificación, sino otras muchas con grande satisfacción de su espíritu y mérito de gloria, porque, vencida la dificultad, queda el paso franco y el espíritu alentado para otras muchas victorias.

Con este espíritu y valor peleaba contra los vicios y se alentaba á conseguir las virtudes el que áun era en el tiempo novicio de la Compañía, siguiendo las pisadas de su santo Maestro, el cual, conociendo el grande caudal de espíritu que habia alcanzado en tan poco tiempo, le envió, sin estar ordenado, á las aldeas de los indios para que ayudase en su conversion á los Padres predicadores que cultivaban aquella gentilidad, en la cual trabajó mucho tiempo con admirable fruto, predicando á los infieles, catequizando á los que se habian de bautizar, enseñando á los ya bautizados la doctrina cristiana y los altos misterios de nuestra Santa Fe, declarándoles los mandamientos que habian de guardar y los Sacramentos que habian de recibir, y encaminándolos á todos por el camino del cielo.

Y no sólo daba este pasto espiritual á sus almas, sino que juntamente les procuraba el corporal para el cuerpo, ayudándoles en sus sementeras, socorriéndolos en sus necesidades, curándolos en sus enfermedades, componiendo sus pleitos y haciendo sus amistades como si fuera padre ó hermano de todos; que por estos medios de caridad y benevolencia se ganan las voluntades de los indios, se domestican y truecan de brutos silvestres en hombres racionales, para recibir con facilidad el bautismo y reducirse á poblaciones y policía, con que olvidan las bárbaras costumbres y aprenden las buenas y santas del cristianismo.

## IV

*Va á estudiar al colegio de Riojaneiro, y sus progresos hasta ordenarse de Misa y salir á las misiones de los indios.*

Acabado el tiempo de su noviciado tan gloriosamente, y hechos los primeros votos con igual ternura y devocion, le enviaron los Superiores á estudiar las ciencias necesarias para predicar la Ley de Cristo y ejercitar los ministerios de la Compañía, y derramando dulces lágrimas de sus ojos, recibió la bendicion de su amado P. Ancheta, y con ella los santos consejos que le dió para portarse en el estudio. Partió al colegio de Riojaneiro, adonde habia llegado mucho ántes la fama de su buen espíritu, y así fué recibido como si fuera un ángel del cielo.

Luego se aplicó á estudiar las ciencias que le enseñaban sus maestros; y, como era tan fervoroso, no se contentó con el ejemplo de virtud que daba

con su santa vida á los de dentro, sino que se encargó de doctrinar tambien á los indios que se juntaban en grande número los domingos y las fiestas, con grande fruto de sus almas y nombre de la Compañía, que viendo su fervor y el fruto que hacia con sus pláticas, le enviaban los Superiores por las aldeas en compañía de los Padres predicadores todo el tiempo que daban lugar sus estudios, y así acompañó á muchos de muy alentado espíritu, á los cuales ayudó grandemente en la conversion de los infieles y reduccion de los gentiles.

En este santo ejercicio y en el de sus estudios gastó algunos años, y habiendo cumplido los treinta de su edad, y hallándole suficiente los Superiores para predicar, confesar y los otros ministerios de la Compañía, le ordenaron de Misa, la cual dijo en la casa del noviciado, donde fué recibido con grande júbilo de su alma, y desde aquel dia comenzó una vida apostólica, añadiendo muchas horas de oracion y gran número de penitencias á las que siempre hacia.

Púsose rigurosas leyes de humildad y pobreza, silencio, mortificacion y obediencia; otro buen número de devociones á los Santos, procurando imitar de cada uno sus virtudes, juzgando que el nuevo estado le obligaba á nueva vida y á más rigor para consigo y más perfeccion de espíritu; y en particular fué admirable la devocion, lágrimas y ternura con que siempre dijo la Misa, teniendo repartidas las de la semana á diferentes santos cada dia, los cuales eran sus convidados para asistirle y ayudarle á ofrecer á Dios aquel Santo Sacrificio, que era el pasto de su alma y el regalo de su espíritu.

Pero ¿quién podrá decir la sed ardiente con que este nuevo Sacerdote y fervoroso obrero de la viña del Señor se entregó á procurar la salvacion de las almas y el bien de todos sus prójimos? De lo que arriba queda dicho se puede algo colegir, porque, si ántes de ordenarse trabajó tan incansablemente y con tanto fruto en el aprovechamiento de las almas, que no perdonaba á trabajo, ocasion, desvelo ni diligencia en ganarlas; mucho más haría, si podia adelantarse á sí mismo despues de ordenado Sacerdote y hecho predicador de Cristo: y, porque dejemos conjeturas, traigamos por testigos de su santo celo algunas de las misiones que hizo, luego que se ordenó, á los indios gentiles.

La primera fué, pasado el Riojaneiro, muchas leguas la tierra adentro, á la provincia de S. Pablo, que es una tierra montuosa, infestada de fieras y poblada de indios bárbaros, fieros en sus costumbres y tan inhumanos, que tienen pública carnicería de carne humana; traen guerras unos con otros, y á los que cautivan, matan y comen en sus banquetes, y si son tantos que no pueden acabarlos, los salan, como en Europa la cecina, para irlos gastando.

A esta indómita gente, sin Dios, sin ley, sin policía ni términos de hom-

bres racionales, partió el P. Juan de Almeida con otro compañero religioso de igual espíritu y celo, y salieron del colegio de S. Pablo con indios que los guiasen, á pié, con sus bordones en las manos, sin otro viático ó matalotaje más que la confianza en Dios, que es el más cierto y seguro para los que saben tenerla firme en su divina Providencia.

Las guías les ayudaban á llevar los recados para decir Misa y algunos doncellillos para dar á los indios, y con esta prevencion, fortalecidos con el espíritu del cielo, imitando á los Apóstoles de Cristo, caminaron dos meses enteros por desiertos inhabitados, á peligro de ser comidos de fieras, sin otro sustento que el de las yerbas del campo y algunas frutas silvestres, y bebiendo agua de los arroyos.

Dormian sobre las piedras y tal vez sobre los árboles, por asegurarse de las fieras, y su mayor pasto era el de la oracion, con que daban alimento á su espíritu y grande fuerza á sus almas para llevar con gusto aquellos trabajos.

Habiendo, pues, caminado los dos meses dichos, descubrieron una aldea grande de indios gentiles, toda cercada para defenderse de sus contrarios, poblada de innumerables indios: en viéndola se alborozaron sus almas, como se alegran los cazadores cuando descubren la caza. Hincáronse de rodillas y dieron mil gracias á Dios por haberles guiado á aquella aldea, pidiéndole con lágrimas que les diese espíritu para ganarle aquellas almas.

Hecho esto, enviaron dos indios ladinos en la lengua á decir al capitán cómo venian hombres blancos á verlos y visitarlos, y que les diesen licencia para entrar en su poblacion. El capitán gustó tanto de su venida, que luego salió con su gente á recibirlos, y les dió muchos abrazos, y los regaló á usanza de la tierra, y les dió buena posada.

Grande fué el gozo del P. Almeida cuando vió el agasajo de los indios, y no menor la esperanza que concibió en su corazón de ganarlos para Dios, por lo cual, sin perder tiempo, los juntó luego y les propuso su embajada, declarándoles á lo que habia venido, que no era á buscar oro ni plata, ni otras riquezas más que su salvacion y el bien de sus propias almas, que consistia en recibir de corazón la ley santa de Dios y de Jesucristo su Hijo, que vino al mundo á redimir á los hombres de la cautividad del pecado y del infierno.

De aquí tomó ocasion para declararles lo que era pecado y lo que Cristo hizo y padeció por redimirnos, el valor del alma y su perpetuidad, la vida futura, el juicio y la cuenta que todos debemos dar de nuestras vidas al Juez de vivos y muertos, el premio que tiene preparado para los buenos y la pena para los malos y, últimamente, la eternidad de uno y otro.

Fué grande la admiracion que les causó esta primera plática y no menor

la admirable caridad de los Padres, que por sólo su bien se hubiesen desterrado de sus patrias, y venido tantos millares de leguas, pasando tan inmensos trabajos, y aprendido su lengua, predicándoles en ella: todo esto estimaron en mucho aquellos bárbaros, y luego trataron de recibir la ley de Cristo.

El P. Almeida les predicó la necesidad del bautismo para lavar sus almas de las manchas de los pecados, y dejar las idolotías y las malas costumbres en que se habian criado; y, aunque en esto tuvieron más dificultad, pero con el alto concepto que habian concebido de la santidad de los Padres, dieron crédito á sus palabras, y obrando la gracia divina, el capitán ó caudillo, que se llamaba Aracuruza, persona de más entendimiento y razon, ofreció de parte de todos que recibirian el bautismo y la fe de Cristo para salvar sus almas.

No se puede declarar con pocas palabras el gozo y alegría que tuvo el siervo de Dios de ver tan buen logro de sus trabajos, y que tanto número de gentiles venian de una vez á reconocer á Cristo, adorarle y servirle, saliendo de las tinieblas de la idolatría y de la cautividad del demonio. Alborozóse su espíritu, y no le cabiendo el gozo en el pecho, levantó los ojos y el corazón al cielo, dando infinitas gracias á la Majestad de Dios, de cuya mano viene todo lo bueno, al modo que refiere S. Juan haberse alborozado Cristo y dado gracias á su Padre, cuando vinieron los gentiles á reconocerle y recibir su doctrina, ofreciéndole aquellas almas.

Lo mismo hizo con estas el P. Juan de Almeida, y luego prosiguió sus pláticas y sermones instruyéndolos en los misterios de nuestra santa fe, para bautizarlos. Pero duróle poco el gozo, porque el infierno armó todas sus huestes y vino con ejército formado á impedir sus intentos y retener sus cautivos en la tiranía del pecado; porque trujo un ejército innumerable de indios contrarios á los de aquella poblacion, que en un momento la cercaron y dieron sobre sus moradores con intencion de acabarlos como á enemigos suyos.

Terrible fué la turbacion que padecieron aquellos gentiles, que se querian alistar en la milicia de Cristo, con tan repentina invasion, y no le faltaron al demonio algunos de sus ministros que publicasen era castigo suyo, porque le querian dejar y hacerse cristianos, á que se opuso con admirable valor el fervoroso Padre, y persuadió al capitán y á todos sus magnates que se pudiesen en defensa, porque Dios les daria victoria de sus enemigos. Hiciéronlo así, andando el P. Almeida en medio de los escuadrones, esforzándolos y animándolos, y se vió que hablaba Dios por su boca, porque les dieron tal ánimo sus palabras, que no sólo resistieron á sus enemigos, sino que los vencieron y pusieron en huida con muerte de los más y de muchos prisioneros, andando el Padre en medio de la refriega bautizando á los heridos que estaban catequizados y á los niños pequeños, que los enemigos mataban por el odio

de sus padres, enviando de aquella guerra victoriosos al cielo á los que morian, y dejando asimismo con gloriosa victoria á los que quedaban vivos; que tales obras hace un varon apostólico regido y asistido del Espíritu Santo.

## V

*Los primeros milagros, que obró Dios por el P. Juan de Almeida en esta guerra: su vuelta al colegio de S. Pablo.*

Bien mereció ser honrado con maravillas del cielo quien tan admirablemente trabajó para poblar de almas el mismo cielo; y así la mano del Altísimo se la dió para hacer milagros en esta ocasion, con que los gentiles se confirmasen más en la fe y recibiesen con mayor aprecio el santo bautismo.

El primero y el más admirable fué que, hallando entre los muertos y heridos algunos niños al parecer difuntos, sin muestra alguna de vida, los tomó el siervo de Dios con igual piedad y ternura, y los juntó á su pecho como madre amorosa de aquellas criaturas, y las abrigó, y fomentó, y dió calor como lo hicieron Elías y Eliseo con los niños difuntos, y los resucitó como ellos, y viéndoles con muestras de vida, los bautizó y envió á gozar de Dios al cielo, dándoles dos vidas, una en el cuerpo para recibir el bautismo, y otra en el alma para volar á la gloria, porque, en recibiendo el bautismo, salian sus almas del cuerpo con pasmo y admiracion de los gentiles que, viendo tal maravilla, pedian á porfia el santo bautismo.

Imitó en este milagro nuestro nuevo Eliseo á su antiguo Elías y maestro el P. José de Ancheta, de quien se escribe en su vida que en semejante ocasion, habiendo muerto sin bautismo un indio catecúmeno, le resucitó, y bautizó, y luego le envió glorioso al cielo. Lo mismo hizo con estos niños su discípulo el P. Almeida, sino que su maestro resucitó uno y el discípulo á muchos, con que pobló el cielo, y por esta maravilla ganó para Dios muchas almas, que recibieron el santo bautismo.

Y si alguno dudare por qué no perseveraron vivos los referidos, eso se deja á la Providencia divina, que quiso salvarlos por este medio, y fuera probable condenarse si quedaran vivos entre tantos gentiles; fuera de que no es nuevo en la Iglesia este linaje de milágnos, pues sabemos que S. Estanislao en Polonia resucitó á un hombre, que se llamaba Pedro, para que diese testimonio de una heredad que le habia vendido, y en testificando la verdad, volvió de esta á la otra vida; y el glorioso patriarca Sto. Domingo resucitó una doncella, que se llamaba Alejandra, que habia muerto sin Sacramentos, y en recibéndolos, volvió á morir, como se dice en su vida; y así no fué nuevo

que para el mismo efecto resucitase el P. José de Ancheta al catecúmeno y el P. Juan de Almeida, su discípulo, á los niños, y que volviesen á morir, habiendo recibido el bautismo.

Acabada la guerra y pasado el peligro, hizo el Padre una solemne accion de gracias á Dios por la victoria, con Misa y sermon á que asistieron los nuevos cristianos y muchos de los gentiles, que se movieron mucho viendo los ritos de la Iglesia.

Bautizáronse muchos de toda suerte de gentiles, y para desarraigarles de sus idolatrías, y para que olvidasen las malas costumbres en que se habian criado, y se instruyesen en las buenas y santas de la Iglesia; juzgó por conveniente traer un buen número de los convertidos á la ciudad de S. Pablo, para que, con la comunicacion de los cristianos antigtos, perdiesen los resabios pasados, se asegurasen más en la fe y confirmasen en ella á sus paisanos, como Moisés sacó á los de Israel de Egipto para asegurarlos de las idolatrías y costumbres de los gitanos.

Vino en ello el capitan que, como dijimos, amaba y respetaba al P. Almeida, y escogieron mil y quinientos indios, los cuales vinieron acompañándole, caminando todos á pié sin más prevencion ni matalotaje que el que llevaba su maestro, que era la confianza en Dios, el cual los sustentó en aquel desierto y trabajoso camino por más de dos meses, sin que les faltase sustento para el cuerpo ni para el alma, el cual les daba el P. Almeida todos los días, predicándolos, y enseñándolos, y rezando con ellos las oraciones de la Iglesia y las Letanías de los Santos, y Dios los regaló con algunos milagros que obró en aquel desierto, como regaló á los de Israel en el suyo.

El primero fué que, diciendo Misa un dia festivo en una enramada y altar portátil que fabricaron de palmas, al tiempo que consagró el Padre la Hostia y la levantó en alto, los ramos y las palmas que servian de alfombras á la capilla, se movieron por sí mismas, y, levantándose del suelo, hicieron reverencia al Santísimo, y despues de consagrado el cáliz, hicieron segunda reverencia con inclinacion profunda, hasta que se acabó la Misa, que volvieron á sus lugares en la forma que estaban, y el Padre, vuelto al pueblo que estaba como fuera de sí de ver tal prodigio en criaturas inanimadas, les hizo una plática de la presencia real de Cristo en el Sacramento y del respeto y reverencia que se le debe; pues le veneran y sirven las criaturas inanimadas con tan extraño milagro.

El segundo fué que, habiendo los indios encendido fuego para una caza, soplando el aire, se encendió la selva, y aunque se dieron diligencia para atajarle, no pudieron y quemó buena parte de la ropa que llevaban, entre la cual estaba el breviario del P. Almeida, el cual hallaron entero, sano y sin